



Desaparecidos

—¡Atención, por favor!

Cinco pares de ojos, de variados tamaños y colores, coincidieron atropelladamente en un mismo punto: un rostro juvenil, cubierto de pecas, que les devolvía la mirada desde el otro extremo del salón. Las voces, que habían escalado unas sobre otras por más de 15 minutos, cesaron de inmediato. Lourdes Rivera, la nueva directora de Manejo de Emergencias de Isabela, se estrenaba en su puesto aquella tarde de verano. Aunque nada en su actitud lo revelara, hacía lo imposible para controlar el temblor que le subía desde el dedo meñique del pie hasta el arco de sus cejas. No era hora de intimidarse ante aquellos veteranos de la agencia, quienes, dicho sea de paso, nunca habían recibido órdenes de una mujer. Desde el otro lado de la mesa, uno de los pares de ojos la miraba divertido. Saúl Vega había sido su profesor en la Academia y conocía bien sus habilidades. Era su mentor. La consideraba una joven inteligente, responsable, capaz; sin embargo, más que todas esas cualidades, admiraba su carácter compasivo, su humanidad. Venía siguiendo su carrera de cerca desde hacía algunos años y cada día se sentía más convencido de

que era la persona correcta para sustituirlo tras su retiro. Lo había pensado bien. Evaristo y Daniel pronto se retirarían, y la salud de Vicente no era la mejor. Roberto era muy impulsivo. Sabía que algunos de ellos habían tomado su decisión con escepticismo y hasta con enojo. No era posible que una novata se convirtiera en directora de la agencia de un día para otro, pero él estaba seguro de que terminarían favoreciendo su determinación con el tiempo. Cuando le ofreció el puesto, la notó insegura, como era de esperarse, pero no tan insensata como para no reconocer que merecía la oportunidad. A aquella muchacha le sobraba la determinación. De todas formas, la acompañaría en su primera misión para asegurarse de que todo marchara bien hasta que ella pudiera manejarse sola.

Lourdes carraspeó para ganar tiempo. Había llegado el momento tan esperado y temido a la vez. Debía asumir el mando de su equipo. Las primeras impresiones son importantísimas y ella lo sabía muy bien. Tenía que estar a la altura de sus nuevas responsabilidades, y allí estaba Saúl, en caso de necesitarlo. Se dirigió al mapa pegado en unas de las paredes azul cielo de la improvisada sala de reuniones y circuló una pequeña área con un marcador rojo. Sonrió.

—¡Gracias, colegas! En este punto fueron vistos por última vez hace dos horas. Ahora son las 5:00. La tardanza en avisarnos trabaja en nuestra contra, pero debemos recuperar el tiempo perdido. En los cartapacios frente a ustedes están las áreas de búsqueda asignadas a cada uno de ustedes y las personas que compondrán sus equipos. Solo nos quedan unas horas de luz para iniciar

el recorrido, así que cada minuto cuenta. Dirigiré la operación desde aquí. Déjenme saber si tienen alguna duda con el plan.

Los cinco pares de ojos se fijaron en los cartapacios. Solo el crujido de las hojas de papel interrumpía el silencio. Lourdes pensó que no le había ido tan mal después de todo. Cuando Saúl la puso al tanto de la situación, supo que tendría que pasar una prueba difícil. Como fueron los primeros en llegar a la oficina de Recursos Naturales del Bosque de Guajataca en Isabela, se dedicaron inmediatamente a diseñar el plan de trabajo antes de que llegara el resto del equipo. Querían impresionarlos. Afortunadamente, Lourdes conocía bien el lugar porque se había criado cerca de allí, pero también sabía que era una zona vasta, de unas 2,357 cuerdas, cuyo suelo está formado por afloraciones de piedra caliza, caracterizado por un grupo de colinas con mogotes separados por sumideros. Además, para colmo, el Centro Nacional de Meteorología había anunciado que se aproximaba una tormenta. Roberto Gómez fue el primero en hablar. Dudaba de la capacidad de la novata para atender una situación tan delicada y deseaba ponerla en evidencia lo antes posible para que fuera relevada de su puesto.

—¿Qué se sabe de ellos? ¿Ya notificaste a sus familiares, verdad?

—El director escolar avisó a sus familiares. Están al otro lado de esa puerta —dijo ella, haciendo un gesto gracioso con la boca—. Ya he hablado con ellos. Están muy nerviosos, pero confían en que sabremos hacer nuestro